

PALABRAS LEÍDAS EN LA PRESENTACION DEL *BOLETIN* 2021

30 DE NOVIEMBRE DE 2022, ROTONDA DE LA UNIVERSIDAD

Cuando la Dra. Margarita Benítez, directora ejecutiva entonces de la Fundación Puertorriqueña de las Humanidades, me comunicó su interés en rendir un homenaje a la memoria de Arturo Echeverría Ferrari, al que también se uniera la Universidad de Puerto Rico, propusimos que el *Boletín de la Academia Puertorriqueña de la Lengua Española* acogiera un conjunto de testimonios sobre la vida y la obra del insigne académico. Este volumen no es, no quiere ser, sin embargo, un número necrológico, sino uno que procura celebrar la vida culta, afable, creativa y comprometida de un académico modelo, un profesor ejemplar, un escritor de temple y un amigo cortés, en el sentido profundo de la cortesía.

Este Boletín que hoy se presenta contribuye, en alguna modesta, pero sincera medida, a la sobrevida de Arturo Echeverría. La “sobrevida” - palabra que con excesiva parquedad el Diccionario define como “sobrevivencia”- es, al menos para mí, mucho más. Es una de las formas de seguir estando aquí, no empece la muerte. No se alcanza la sobrevida mediante la fama (esa criatura alada que, según Virgilio, vive rodeada por la Credulidad, el Error, la Falsa Alegría, y los Rumores también falsos, entre otras compañías que prefiero no nombrar; tampoco se alcanza a través del recuerdo de quienes han amado a los que ya partieron. La sobrevida es otra cosa, es un fulgor opaco, pero más duradero que el recuerdo, un eco que persiste, una presencia discreta que perdura en las palabras y las obras, en las imágenes y en

los objetos que les pertenecieron a los que ya partieron, que ya no son cosas, sino emblemas que alguien siempre vuelve a leer, vuelve a mirar, y guarda y atesora. De Arturo nos quedan sus libros, sus cuentos, armados con suma maestría, su novela *Como el aire de abril*, cuyas sucesivas reescrituras dan fe de su sueño de perfección. Quedan también sus clases magistrales en la memoria de sus alumnos, la resonancia de sus conferencias y sus enjundiosos ensayos, particularmente los dedicados a Jorge Luis Borges, a quien Arturo estudió con tanta devoción, y con quien yo lo he unido en un poema en el que ambos se confunden, y que Luce me ha pedido que lea hoy.

Si el cielo existe como los sueños, a nuestra imagen y semejanza, en virtud de nuestra imaginación creadora y trascendente, como creen algunas tradiciones, es posible que allí, en esa apacible ciudad llena de libros, Arturo y Borges hayan coincidido. El poema lo he escrito y rescrito muchas veces. Pero en todas sus versiones está dedicado a: “A Arturo Echavarría Ferrari, *in memoriam*”, esta es una de ellas.

Condúcelo, Señor, a una secreta librería,
libre del tiempo de la mercancía,
que sea circular y jeroglífica,
con luz de geometrías infinitas.
Un sonoro lugar de estanterías
donde un único libro, sin eco ni autoría,
en tu Nombre, al azar, se multiplica.

Bien sé que no es un cielo ni un infierno
esta imagen que vio Borges en sueños,
sino un signo, uno más, de un universo,
de cábala, de soles y luceros
que al alma sirve de fugaz consuelo.

Si en un mundo intermedio las metáforas
existen, y perdura, brillando sobre el agua
de la imaginación, la isla de Itaca,
también la Biblioteca, que a Babel enmendara,
escrita desde siempre, existirá.
Condúcelo al lugar de su palabra
y líbralo, Señor, de todo mal.

José Luis Vega
Director
Academia Puertorriqueña de la Lengua
Española